

## ¿COLECTIVO GAY?

Decididamente no me convence el término "colectivo". Un colectivo es un agregado estadístico de individuos con una propiedad social que los agrupa aunque, *en realidad*, cada uno es, como se dice castizamente, "de su padre y de su madre". Es el problema medieval de los universales (de si tienen existencia propia, un recuelo platónico, o sólo existen en los individuos), el matemático de los conjuntos (con sus leyes y paradojas) y el moderno de los estereotipos (el catálogo de estupideces que los europeos se aplican profusamente para conocer lo incognoscible). El término "colectivo" tiene en todo caso un significado sociológico y por tanto abstracto; pero como escribió en sus memorias aquel ilustre veneciano que fue Giacomo Casanova *todo ser del que no se podía tener más que una idea abstracta sólo podía existir en abstracto*. Mero "flatus vocis" sin posibilidad de gozarlo. Sería como decir que Casanova perteneció al colectivo de... ¿los libertinos? Y el resto de la apasionante historia de su vida, sabiduría mundana incluida (no se la pierdan en dos tomos) pudiera ser resumida en ese término. Ocurre lo mismo con la expresión "colectivo de profesores", "colectivo de médicos", "colectivo de discapacitados" o "colectivo de lesbianas, gays, bisexuales y transexuales". En este último caso dudo que compartan en sentido estricto propiedades comunes. *Otrosí*, ¿qué carajo significa la palabra de moda "pansexual"? Dicho sea de paso, lo que tienen en común los "colectivos" más heterogéneos que conozco es que en todos hay homosexuales y no pocos.

Hoy prefiero hablar de personas, de dos amigos que conocí hace años en mi segundo piso madrileño, cuando vivía tan ricamente de alquiler, casado y con hijos de mediana edad. Goyo y Alberto fueron primero vecinos de planta. Llegaron en agosto y tras una mudanza que me perdí porque estábamos de vacaciones en un pueblo de Cádiz se

instalaron puerta con puerta. Tienen nuevos vecinos, me comentó, Antonio, el conserje, que no se le escapaba una. Son jóvenes y algo raritos, ya sabe, e hizo un gesto amanerado con las manos para apoyar su tesis... Han subido más tiestos que los que caben en la terraza de mi suegra. Esos dos pierden aceite, me jugaría las propinas del mes (un aviso a navegantes a primeros de septiembre). Cogí el ascensor pensando que los prefería mil veces a mis vecinos anteriores, un matrimonio que salía a bronca diaria con megafonía, churumbeles que movían los muebles y jugaban al frontón en el tabique compartido y un perro pequeño sin educar al que dejaban solo y ladraba y lloraba hasta que caía exhausto, supongo, en la cama mullida de sus dueños; además de mearse en los ascensores. Pensé en comprar por internet un aparato de ultrasonidos para ahuyentar perros, introducir por debajo de la puerta el mango de madera de un polo untado de cianuro con sabor a hueso, pagar a dos sicarios de la mafia para liquidarlo, pero mi mujer se negó en redondo. ¡Eres más pesado que el perro! me dijo.

Al día siguiente por la tarde llamaron al timbre y se presentaron. Cortesía de la casa.

- Somos Goyo y Alberto, los nuevos vecinos. Alberto, mi pareja, es abogado y yo profesor (¡un colega, abundan!). Para cualquier cosa podéis contar con nosotros. Seguro que a tu señora le gusta este pequeño obsequio: y puso en mis manos un paquete envuelto que resultó ser una caja de bombones Godiva.

- Muchas gracias y encantado de conocerlos. Ahora mismo estoy solo pero ya veréis a mi familia. ¿Os apetece pasar y tomar una copa? (no sabía qué decir). Rehusaron amablemente y se despidieron. Un buen comienzo (¿En qué se diferencia una caja de bombones pensados de una caja de bombones comprados?).

Pronto corrió la voz en la comunidad, aunque puedo afirmar y afirmo que cada vez que un cretino me venía con el cuento de que tenía vecinos mariquitas y que pegaba el trasero a la pared del ascensor cuando subía con alguno, le contestaba lo mismo: me llevo muy bien con ellos, son encantadores y, sobre todo *educados* (haciendo hincapié en el adjetivo); ¿te han molestado alguna vez?... con lo cual yo les parecía todavía más raro que Goyo y Alberto. Las señoras eran discretas. ¿Será verdad que a las mujeres les encanta tener amigos homosexuales? Buen tema para otra entrada. Al final, se impuso el sentido de la convivencia con gente respetable y la mayoría se desprendió por lo menos en las formas de su coraza de ídolos de la tribu, o sea, de prejuicios sociales.

Me tomé con ellos unas cuantas cañas en los bares del barrio, quedamos en restaurantes italianos, marroquíes, tailandeses, japoneses y mexicanos... Les pirriaba la cocina internacional. Incluso asistí a su boda en la Casa de la Panadería en la Plaza Mayor de Madrid en la que hubo interminables discursos de casi todos los invitados y se leyeron un sinfín de epitalamios más o menos afinados: sin procacidades hetero ni basteces machistas. Salida gloriosa entre pétalos de bolsa y rociada de arroz hasta que los novios vestidos con trajes blancos y pajarita se subieron a un viejo pero reluciente Citroën de época aparcado a la puerta y cuyo alquiler les costó un pico como me contaron más adelante.

Hablamos de todo un poco. Admitían sin reparos que los *gays* de ambos sexos son una subcultura (en el sentido técnico del concepto), lo cual es evidente, y se referían a sus rasgos diferenciales: gastronómicos (por cierto, las clasificaciones del libro de Simon Doonan *Los gays no engordan* son divertidas pero falsas), informáticos (prefieren los ordenadores Mac de Apple, una marca *cool*), sexuales (según ellos, sólo un treinta por ciento de los varones homo practica la penetración anal), muebles (les encantan los lacados, los biombos y las

mesas *pink market*), la ropa de diseño *trendy* con simbología propia o los gimnasios *fitness* para pulir el tipo... También hablamos del día del orgullo gay. Les dije que nunca había ido a verlo pero que me hacía una idea por los videos en las redes sociales y los documentales. Ellos sí habían estado el año pasado. Opiniones hay para todos los colores de la bandera arco iris, dijeron, pero que a ellos, al margen de las reivindicaciones en defensa de los derechos civiles y las declaraciones de los políticos salidos del armario, les parecía un desfile bastante chocarrero; en ocasiones de un erotismo pasado de rosca y un exhibicionismo que se acercaba a lo grotesco. Demasiados gritos obscenos y efectos de mal gusto. O la parafernalia de las carrozas *kitsch*. No nos sentimos identificados con los excesos chabacanos de esa fiesta, somos gays "convencionales", concluyeron.